

Palabras del P. Del Col en la segunda Colación de Grados 2005 (04/06/2005)

El 21 del mes pasado, en esta Aula Magna la Decana de la Facultad de Psicología y Psicopedagogía de la Universidad del Salvador, Lic. Gabriela Renault, entregó el diploma académico a 112 noveles licenciados: 80 de Psicología y 32 de Psicopedagogía.

Los que se graduaron de Licenciados por dicha Universidad, con la que el Instituto estipuló un Convenio Marco el 12 de diciembre de 1996, ascienden a 470, y de estos, 281 (es decir, el 58.30 %) son los graduados en Psicología.

Hoy son 80 los que van a recibir el diploma de Profesores de Psicología. Con ellos, los Profesores de distintas especialidades que se formaron en el Instituto suman ya 3.933, de los cuales 970 (es decir, el 24.66 %) son Profesores de Psicología.

Supuestamente o mejor dicho, previsiblemente los 80 noveles Profesores de Psicología de esta Colación de Grado, en su mayoría, si no en su totalidad, llegarán también al grado académico de Licenciados en Psicología, a través del Ciclo especial de Licenciatura en Psicología, que funciona en nuestro Instituto desde el ciclo lectivo 1998.

Es notable, por cierto, el contingente de egresados del Profesorado de Psicología del Instituto que luego, aquí mismo se graduaron por la Universidad del Salvador como Licenciados en Psicología, después del bienio articulado que les consintió acceder al grado universitario. Más notable aún es el contingente de Profesores de Psicología que se recibieron en el Instituto. La Psicología, tanto en el nivel superior universitario como en el no universitario, constituye, pues, la nota sobresaliente del Instituto.

En los Profesores y Licenciados en Psicología el Instituto, juntamente con la Universidad del Salvador, cifra grandes esperanzas y expectativas para su proyección al servicio de la sociedad en este promisorio Sur argentino.

Desde luego, en nombre propio y de la entera Comunidad Educativa del Instituto, felicito ahora efusivamente a ustedes, noveles Profesores de Psicología, así como a sus respectivas familias, que sin duda alguna los alentaron y sostuvieron en los cuatro o más años de su formación docente. Añado ahora alguna reflexión, tomando pie de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, que se celebró ayer en el mundo católico.

Dicha fiesta pone de relieve el amor que late en el corazón de Jesús: inmenso amor de Jesús-verdadero hombre e infinito amor de Jesús-verdadero Dios. Jesús es el rostro visible de Dios, de un Dios que es Amor, como bellamente lo definió el discípulo predilecto de Jesús, el apóstol y evangelista San Juan.

Dios Amor, por amor nos creó, estampando en nosotros su imagen y semejanza, como se lee en el primer capítulo del Génesis. “Lo hiciste poco inferior a los ángeles - le dice el Salmista al Señor refiriéndose al ser humano-, lo coronaste de gloria y dignidad, le diste el mando sobre las obras de tus manos” (Salmo 8).

Y según la cosmovisión cristiana, los bautizados somos además hijos adoptivos de Dios, hermanos de Cristo, templos del Espíritu Santo, y como tales, miembros de la familia divina, herederos de Dios, coherederos con Cristo de los bienes imperecederos y eternos del Cielo.

Nuestra dignidad humana y cristiana pareciera, en verdad, un sueño dorado, música celeste, una quimera, pero la fe nos asegura que es una realidad actual o potencial.

Aun prescindiendo de motivaciones religiosas y sobrenaturales, la dignidad del ser humano merece la mayor consideración, ya que indudablemente supera la de cualquier otro ser del universo.

Ustedes, noveles Profesores y futuros Licenciados en Psicología, tienen por delante la hermosa tarea de ayudar, asistir, acompañar a seres humanos a tener una conciencia clara de su dignidad para vivir de acuerdo a ella y así realizar el proyecto que Dios tiene respecto a

cada uno de nosotros, con vistas a nuestra realización plena, empezando desde la vida presente y aspirando a la vida eterna -de dicha y gloria eterna- que El nos tiene prometida.

Ustedes, por su empeño, esfuerzo y tesón, han llegado a la meta de Profesores de Psicología, y de la misma manera, no me cabe duda, van a lograr el título de Licenciados en Psicología. Pues que logren airosamente este segunda meta y que en su vida vayan siempre de meta en meta, con constante afán de superación, tanto en lo académico y profesional como, y sobre todo, en lo humano. ¿No dijo acaso Jesús: “Sean perfectos como es perfecto su Padre que está en los cielos”? El Papa Wojtyla, de venerada memoria, recomendó encarecidamente tender a la santidad, concebida, esta, como alto grado de la vida cristiana ordinaria.

Y como Profesores y/o como Psicólogos, sepan ver en quienes sean los destinatarios de su profesión a imágenes vivientes de Dios, a hijos de Dios y hermanos de Cristo y a todos sepan manifestar aprecio, comprensión, amor.

Don Bosco decía que la educación es cosa de corazón, que solo Dios tiene las llaves del corazón. Hoy se habla de educación permanente, en el sentido más amplio de la expresión. Pues, en todo caso, al tratar con jóvenes y no jóvenes, sepan amar como ama Dios, sepan brindarse al prójimo como Cristo. Sean testigos vivientes de la bondad y del amor de Dios, a imitación de Cristo, nuestro hermano mayor, quien nos amó hasta el extremo de entregar su vida para nuestra salvación.

Iconos, ejemplos estupendos de esto tenemos en el titular del Instituto, el “Papa Bueno”, Juan XXIII, y en el Papa, que fue apodado Karol el Grande, y que ciertamente fue grande sobre todo en su amor universal y en su defensa y promoción de la dignidad humana.

De Juan XXIII, ya a raíz de su primera presentación como Papa, un periodista protestante dijo: “Parecía que emanara un gran espíritu de caridad, un gran amor por todos”. Aquí está, como también se dijo, la “mágica fascinación” del papa Juan. “Fue el padre, fue el maestro, fue el pastor, de acuerdo; pero sobre todo fue el amigo; el amigo de cada uno de nosotros, cercanos y lejanos, el amigo de la humanidad entera” (Gino Lubich, *Vida de Juan XXIII. El “Papa extramuros”*, p. 190)

Y de Juan Pablo II, lo primero que recuerda un eminente teólogo es “la risa y la sonrisa de un padre, de un hombre de rica humanidad y gestos tiernos”. “Totalmente inmerso en Dios -escribió el mismo teólogo-, Juan Pablo sabía seguir siendo plenamente humano, atento a los aspectos incluso más modestos y simples de la vida, capaz de ir derecho al corazón de las personas que encontraba” (Bruno Forte, *La puerta del cielo*, en *Criterio*, n. 2304, mayo 2005, p. 212).

Pido a Juan XXIII y a Juan Pablo II que intercedan en favor de ustedes, noveles Profesores y futuros Licenciados de Psicología para que también su vida en el ejercicio profesional presente o futuro, esté marcada por la humanidad, la bondad y el amor.

Y que a nosotros todos, Juan XXIII y Juan Pablo II nos impulsen a ser personas según el corazón de Dios.